

Hacer filosofía: mostrar lo que otros ocultan

Garrett Thomson

Consideremos qué es la filosofía. Las definiciones más comunes son: el amor a la sabiduría; el análisis de los conceptos; la manera de hallar respuestas a preguntas fundamentales. El problema de estas definiciones es que todas son correctas. Cada una tiene razón, pero sólo nos dan parte del cuadro, ninguna ofrece una visión general. Necesitamos una imagen más completa que nos permita una comprensión plena, una imagen que articule todas las partes diferentes del total.

Otro problema con esas definiciones es que omiten el aspecto más importante de la filosofía, es decir, la práctica. El objetivo de estudiar filosofía es aprender a hacer filosofía. Uno puede aprender lo que han dicho diferentes pensadores en el pasado, pero probablemente esos trozos sueltos de información no se quedarán por mucho tiempo con nosotros. Adquirir esta información no es la tarea principal. Lo importante es practicar las habilidades, desarrollar el talento, aprender a pensar creativa y críticamente acerca de preguntas filosóficas. Es ayudar al cerebro a pararse sobre sus propios pies. La filosofía es un proceso.

Hacer filosofía

Ante todo, la filosofía es un proceso humano. Ser un pensador independiente es una cuestión de actitud y sentimiento, tanto como de razón. Para comprometerse con eso, uno tiene que aprender de sí mismo, de sus propios procesos de pensamiento. Esto significa preguntar continuamente, analizar, contestar y argumentar por uno mismo (más adelante veremos estas cuatro instancias). Para hacer todo esto es necesario saber cuándo hay que ser paciente, cuándo hay que simplificar, cómo ser creativo y cómo ser destructivo.

Por supuesto, uno también puede hacer filosofía con la ayuda de otros. Se puede practicar discutiendo con amigos, leyendo y escuchando a otros. De todas maneras, todo está en uno mismo, porque es uno quien debe estar o no de acuerdo con lo que otros dicen. Uno es el responsable de su comprensión y de sus actitudes hacia el conocimiento.

Cuando recibimos pasivamente el conocimiento, la información nos golpea como si viniera del exterior; no nos pertenece. Sin embargo, nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos está más ligada a nosotros que nuestros propios ojos. No podemos evitar poseerla. Nuestra manera de ver el mundo determina lo que hacemos y las oportunidades que perdemos. De este modo, somos responsables de nuestra actitud hacia el conocimiento. La filosofía es un forcejeo contra nuestros patrones de pensamiento, prejuicios y sentimientos. No es únicamente una búsqueda intelectual. Involucra al ser humano entero. No podemos luchar contra los modelos de pensamiento propios y contra nuestras presuposiciones más íntimas sin tratar de superar nuestros sentimientos y de buscar una relación apropiada para nuestra comprensión.

Las fases de la filosofía

Las definiciones muy específicas de filosofía sólo nos ofrecen fragmentos del cuadro general. Acabamos de ver que la imagen global requiere ser presentada como un proceso. Por esta razón, una imagen de la filosofía debe tener tres fases o etapas.

Primera fase: preguntar

En la primera etapa, el objetivo es estar realmente confundidos, sentirnos perdidos, desorientados, perplejos. ¿Por qué hay que lograr esto? Porque sólo así se afronta una pregunta. ¿Por qué el objetivo es la confusión? Sólo cuando nos sentimos confundidos buscamos una respuesta y preguntamos activamente; cuando estamos perdidos, investigamos mejor.

En la filosofía tenemos que abrirnos a la naturaleza misteriosa de las cosas. Esto significa que debemos quitar la piel a nuestras suposiciones más arraigadas. Cuando creemos que entendemos, estamos satisfechos de nosotros mismos y tendemos a olvidar. Los humanos estamos más perdidos y somos más ignorantes de lo que admitimos normalmente. Por supuesto, sabemos ponernos los zapatos, arreglar el televisor y también sabemos cómo hacer que un átomo explote. Pero este conocimiento práctico puede hacernos arrogantes, puede hacernos olvidar el misterio de las cosas. Con tal sentimiento, olvidamos la naturaleza profundamente enigmática de las cosas. El universo y nosotros mismos somos incomprensiblemente misteriosos, y llegar a acostumbrarnos a esto no equivale a comprenderlo. Estamos acostumbrados a la manera como se comportan las cosas; esto no significa que las entendamos.

Hay muchos hechos y rasgos extraños en el universo. Nuestra sola existencia es uno de ellos. Nuestra propia conciencia es otro. Para resucitar nuestras preguntas personales, necesitamos sacudir nuestros sentimientos de seguridad y redescubrir el cuestionario que teníamos cuando éramos niños. Esto no es fácil, porque nos gusta sentir que sabemos; detestamos sentirnos perdidos.

Este mismo tipo de apertura es necesario en otras áreas de la vida. En una corporación, las personas necesitan exponerse a preguntas como: ¿Por qué estamos en este negocio? ¿Qué es lo que hacemos? Sin tales cuestionamientos, la comprensión no puede progresar. Este mismo tipo de preguntas se puede hacer acerca de las grandes instituciones sociales y de nuestras actividades personales.

Segunda fase: analizar

La mayoría de las personas piensan: "tengo la pregunta, venga la respuesta". Esto puede ser un error craso. Cuando quiera que tengamos una pregunta difícil, es una equivocación apresurarse a contestarla. Primero hay que entender bien la pregunta. De otra manera, nuestra respuesta no será más que un reflejo o un balbuceo superficial de palabras. En la segunda fase de la filosofía, tratamos de comprender las preguntas, sin contestarlas. Tratamos de mejorar nuestras preguntas.

Esto se aplica no sólo a la filosofía académica, sino también a otras áreas de la vida. La mayor parte de un problema profundo se resuelve comprendiendo en qué consiste. Así es

en mercadeo y administración, en las relaciones personales, en las investigaciones científicas, en la planificación de una carrera. En todos los casos, el problema no viene empacado y etiquetado, aguardando una respuesta satisfactoria. Primero tenemos que diagnosticar el problema, saber cómo pensar acerca de él. Cuando la dificultad es, ¿cómo debo abordar este problema?, ¿cómo debo pensar en él?, entonces la dificultad es filosófica. Si el problema es ¿cuál es el problema?, entonces la cuestión es conceptual. Una vez comprendida la pregunta, la respuesta puede llegar a ser obvia y fácil.

Es necesario analizar las preguntas por tres razones. Primero, porque sin la comprensión de la pregunta, el significado de las respuestas se nos pierde. La comprensión no consiste únicamente en tener las respuestas. Podemos mejorar la comprensión sin conocer la respuesta. Por ejemplo, si tenemos un mapa de la pregunta "¿existe Dios?", podríamos llegar a comprenderla, sin tener una respuesta.

La segunda razón por la cual necesitamos hacer un análisis de las preguntas conceptuales, antes de contestarlas, es que la pregunta puede ser errónea. ¿Ha dejado de pegarle a su mamá? Obviamente, uno no debe contestar esta pregunta. Si la respuesta es sí, entonces significa que uno le pegaba. Si es no, entonces significa que todavía le pega. ¿Me pagará los mil dólares el viernes, o el sábado? De nuevo, uno no debe contestar esta pregunta. Ambas preguntas contienen una suposición tácita, a saber: que uno tiene una madre a quien le pega, y que usted me debe mil dólares. Esas suposiciones son incorrectas y en ese sentido, las preguntas también lo son.

Debemos evitar contestar preguntas basadas en suposiciones falsas. Quizás el presupuesto de "cuál es el significado de la vida", o de, "cuál es el color del número cinco" es equivocado. Si podemos ver ese falso supuesto entonces tal vez nos salvemos de la perplejidad que nos lleva a hacer la pregunta, aunque no le demos respuesta. O, también, al suprimir el supuesto falso podemos mejorar la pregunta, es decir, podemos convertirla en una más fácil de responder.

La tercera razón por la que es necesario el análisis, antes de responder, es que algunas veces, en una sola pregunta, se involucran muchas otras. Preguntas como, "¿cuál es el significado de la vida?", "¿es moralmente mala la eutanasia?", "¿cuál es la relación entre la mente y el sistema nervioso?", contienen muchas otras, diferentes, todas mezcladas. Evitaremos la confusión si separamos y respondemos una por una. Surge entonces, de nuevo, la necesidad de analizar.

Esclarecer, mejorar las preguntas, es un proceso muy diferente de responderlas. Sólo podemos contestar preguntas nuevas y más claras si mejoramos nuestra comprensión de los interrogantes anteriores.

¿Qué es el análisis? Cualquier pregunta profunda e importante ejerce una enorme presión sobre algunas palabras clave. Por ejemplo, cuando decimos "Dios existe", ¿qué significa la palabra "existe"? No significa lo mismo que cuando se refiere a cosas normales, a cosas que podemos ver y tocar y que ocupan un espacio. Dios no existe de este modo. Así, cuando afirmamos que Dios existe, ¿qué queremos decir? Cuando afirmamos o negamos que una computadora pueda pensar, es en la palabra "pensar" donde está todo el énfasis. Tenemos que explicarla. El análisis exige que identifiquemos y expliquemos las palabras clave.

Muchas personas no están acostumbradas a analizar las palabras. Éstas son como partes del paisaje cotidiano que damos por conocido y en el que apenas reparamos. Por ejemplo,

¿usted sabe qué significa la palabra "consuetudinario"? "Sí, lo sé: significa 'que ocurre todos los días'". ¿Qué tan a menudo utiliza esta palabra? Quizás una vez al mes, a lo sumo. Pero, ¿cuántas veces utiliza la palabra "bueno"? ¿Una vez cada quince minutos? Bien, ¿pero qué significa? Ésta es una pregunta difícil. Es una palabra que usamos sin examinar. Pero si, por ejemplo, queremos saber cómo es una buena vida, entonces tenemos que entender cómo funciona esta palabra. El análisis es el intento de discernir explorando distintos significados.

El análisis apunta en dos direcciones: atrás, hacia la pregunta, y adelante, hacia la respuesta. Nos ayuda a corregir la pregunta, y la nueva pregunta puede ser analizada una vez más para hacerla aún más precisa. Sin embargo, este proceso de mejorar las preguntas debe estar orientado por la necesidad de obtener respuestas.

Tercera fase: responder y argumentar

No podemos quedarnos en el nivel del análisis. Necesitamos las respuestas. Ésta es la tercera etapa. Obviamente, no puede ser cualquier respuesta. Queremos hallar la mejor o la verdadera. Después de todo, a eso apunta en principio la pregunta. Esto significa que en esta tercera fase necesitamos contestar y argumentar.

Responder

Las respuestas a preguntas filosóficas no tienen que ser teorías grandiosas. Pueden consistir en frases simples. Una vez que hayamos completado el análisis, la respuesta puede ser casi obvia. El trabajo está en el análisis. Esto se puede ver si preguntamos: por qué es importante la respuesta. Para responder esta nueva pregunta se requiere más análisis.

Cuando una posición filosófica responde a una gama de problemas diferentes, entonces se trata de una teoría. Una teoría pretende resolver problemas. No existe en el vacío. Cuando abordamos una teoría, es bueno recordar qué problemas se supone que resuelve.

Argumentar

Debemos buscar evidencia o argumentos a favor de una teoría. También necesitamos hallar evidencia y argumentos contra otras posibles respuestas. Pero más que esto, es indispensable ver si hay argumentos contundentes que refuten la respuesta que creemos verdadera. Éstos pueden llegar a cambiar nuestra mente, o pueden introducir la duda.

Ante la ausencia de evidencia, la mejor respuesta es: no sé. Sin evidencia, cualquier teoría es mera especulación y ésta se encuentra a un paso de la superstición, que es un estado en el que creemos algo sin tener una razón. Por esto debemos examinar críticamente los argumentos a favor y en contra de una teoría. Sin un argumento, ¿por qué debe alguien creer lo que uno dice? No debería hacerlo.

Los problemas filosóficos

Las preguntas filosóficas se caracterizan por no ser empíricas. Una pregunta empírica es tal, que se puede resolver por completo mediante la observación empírica o la experimentación. Ejemplos de preguntas empíricas son: ¿cuántos canguros hay en Australia?; ¿cuáles son las características de un electrón?; ¿cuál es la causa del cáncer? Tales preguntas se pueden contestar por medio de la investigación empírica. Sin embargo, no todas las preguntas son empíricas. Ejemplos de preguntas no empíricas son: ¿qué es la justicia?; ¿qué es lo bueno?

Una pregunta no empírica es aquella que no puede ser resuelta solamente con evidencia fáctica. Esto no significa que la información empírica sea irrelevante. Significa que es insuficiente. Por ejemplo, para trabajar en la filosofía política, uno tiene que saber sobre política, pero eso no basta. También hay que saber cómo pensar críticamente acerca de los conceptos de la política. En este caso, la evidencia empírica es insuficiente. Para apoyar una verdad no empírica es necesaria una forma distinta de demostración. Esto es, un argumento. Tratamos de apoyar o refutar una afirmación no empírica con un argumento.

Los problemas filosóficos además implican el uso de conceptos. Nuestros conceptos son como lentes a través de los cuales miramos el mundo. Un concepto es una manera de pensar o de mirar. Si uno no tiene “los lentes” o los conceptos apropiados, entonces no puede reconocer lo que mira. Por ejemplo, un hombre de la Edad de Piedra no puede reconocer una computadora porque no tiene el concepto "computadora". Un niño de dos años no tiene el concepto de arte. Los conceptos definen la manera como miramos, pensamos y sentimos el mundo. Son nuestros “lentes”.

Cuando hacemos investigación empírica, examinamos una parte del mundo; pero, para hacerlo, debemos mirar a través de un juego de “lentes” o conceptos. En la filosofía estudiamos los “lentes”. Analizamos el concepto a través del cual miramos normalmente. Mejorar la comprensión requiere reformar nuestros conceptos. Una manera de caracterizar la filosofía es decir que se trata del estudio de los conceptos. En otras palabras, la filosofía consiste analizar nuestras maneras de pensar.

Muchas personas conciben que los hechos y las opiniones son opuestos. Además, identifican los hechos con los hechos científicos. Por eso, todo lo que no sea ciencia, es mera opinión. Y lo que es meramente opinión, es sólo cuestión de gustos. Esto implica que, como la filosofía no es ciencia, entonces es puramente subjetiva. Esto es un error. En la filosofía, uno puede cometer errores o ser ignorante. Algunas definiciones son mejores y peores que otras. Las teorías filosóficas pueden ser erróneas. Los argumentos pueden ser débiles. Las opiniones pueden estar fundamentadas de manera débil o de manera sólida.

¿Aplicaciones prácticas?

Quizá desea saber cuál es la utilidad de la filosofía, para usted y para la sociedad en general. Como la filosofía es a veces muy abstracta, parece estar lejos de cualquier aplicación práctica.

En primer lugar, teoría y práctica no siempre están divorciadas. La teoría concierne a nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos, y la comprensión se manifiesta usualmente en la acción. Un ejemplo: los grandes cambios políticos de este siglo, que trajeron la democracia a la mayoría de las naciones, dependieron en parte del desarrollo de

una teoría de los derechos en los siglos anteriores. Estas teorías posibilitaron una nueva comprensión que dio a luz acciones nuevas.

El solo hecho de captar mejor los asuntos importantes es una buena noticia, aunque no sepamos exactamente cuál será su utilidad más tarde. La comprensión no siempre paga un dividendo inmediato y predecible. El progreso material del que disfrutamos ahora es en parte el fruto de la labor de científicos, matemáticos y filósofos desde el siglo XVI. Nuestra comprensión cambió y con ella nuestras acciones. Ninguna de estas acciones fue un resultado inmediato. La Revolución Industrial fue precedida por una revolución conceptual.

En segundo lugar, hacer filosofía es de algún modo inherente a la condición humana, en parte es inevitable. Es así porque no podemos evitar las preguntas conceptuales. Son una parte integral de cualquier área del conocimiento y también de la vida cotidiana. La comprensión no consiste únicamente en conocer muchos hechos. Uno tiene que saber cómo organizarlos. Los hechos tienen que ser relacionados, conceptualizados.

Tercero, en un nivel personal, necesitamos mejorar nuestras capacidades mentales. El punto es que la práctica de la filosofía nos habilitará para razonar, pues preguntaremos, analizaremos, responderemos y argumentaremos mejor.

No obstante, a menudo la filosofía se sitúa muy lejos de la práctica. En parte porque los filósofos tratan de concentrar su atención en cuestiones estratégicas. El punto estratégico clave puede parecer incomprensible y de difícil acceso si no se reconocen sus implicaciones lejanas. Pero algunas veces, solamente es así: incomprensible y de difícil acceso.